

REGLAMENTO

para oposicion á cátedras

ARTICULO I. Al clauso de cada facultad se admitiran las renuncias y declarara las vacantes en todos los casos, y mandara fijar los edictos convocatorios.

ART. 2. El rector por ante el secretario formara el expediente con que dara cuenta al clauso para que determine sobre tachas, nulidades, y convalidacion otros incidentes.

ART. 3. Solamente se admitiran al concurso á los que hayan obtenido en esta Universidad el grado de doctor ó licenciado en la facultad, y á los bachilleres que lo hayan recibido tres años antes de la publicacion de este reglamento; y á los que lo recibieren con posterioridad, siempre que hayan cursado las cátedras establecidas en la misma por el reglamento de 12 de noviembre de 1834.

ART. 4. Los opositores apuraran tres puntos en el auto que se ensene en la cátedra á que se opusieren, para que de uno de ellos, á su eleccion, con término de veinticuatro horas, hagan una disertacion latina que leerán por media hora.

ART. 5. En segunda seran examinados por dos de los examinadores titulares, quienes lo harán, cada uno de diversas materias, arguyendo en forma silogistica, y preguntando por espacio de una hora cada uno de los puntos de cada una de ellas.

ART. 6. La votacion se hará por el clauso respectivo, presidido por el Rector, y en su defecto, por el decano de la facultad, en escrutinio secreto, votando por cédulas, lo primero, si en el concurso hay alguno capaz de desempeñar la cátedra, y si lo hubiere, quien haya de ocuparla; mas si no lo hubiere, se repetiran los edictos. A este clauso presentaran previamente los pretendientes la relacion de sus méritos literarios, y de sus trabajos.

ART. 7. Será catechizado el que obtuviere la mayor absoluta de votos de los concurrentes, que no podran ser menos de la mitad y una mas del número que residia en esta ciudad.

ART. 8. Si ninguno obtuviere en la primera votacion mayor absoluta de votos, se repetirá hasta por tercera vez; y si aun así no se lograre que la tenga alguno, se votará de nuevo entre dos de los que obtuvieren mayor número; para lo que, en votacion previa, se reducirán á dicho número los dos que lo tengan igual respectivamente.

ART. 9. En caso que repetida la votacion obtengan los dos igual número de votos decidirá la suerte.

ART. 10. Los doctores que concurren á los exámenes, tendrán un peso de propina cada uno en cada examen.

ART. 11. Verificada la eleccion del catechizado, el rector asignará dias para que tome posesion, y el interesado convendrá por cédulas al clauso pleno.

ART. 12. A los doctores que hayan examinado y al rector se les darán á mas diez pesos á cada uno, y se pagaran como siempre los derechos de la acta y de la secretaria, que no los exigirá por los opositores.

ART. 13. Cada opositor, siendo doctor ó licenciado, depositara en la secretaria tres pesos, con los que se auxiliará al que lleva la cátedra, quien ha de hacer los derechos y propinas de que se habla en este reglamento.

ART. 14 y ultimo. Quedan vigentes los estatutos de la Universidad en todo lo que no se encuentren expresamente derogados por los reglamentos precedentes.

REVISTA FILOSÓFICA

DIRECTOR

JOSE MARIA VICIL

REVISTA FILOSÓFICA

TOMO I

MEXICO

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE JERONIMO...

Calle de la Universidad, número 7.

1832.

REVISTA FILOSÓFICA

DIRECTOR Y EDITOR

JOSE MARIA VIGIL

TOMO I

MEXICO

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE J. RENO P. A.

Calle de las Escuelas, núm. 7

1882

REVISTA FILOSÓFICA

LA FILOSOFÍA.

lo que se entiende por filosofía... Para la filosofía es más amplia que su nombre el círculo de la ciencia... El hombre siente naturalmente la necesidad de saber, como siente la necesidad de obrar, de amar, de vivir. Hay más: del estado de sus conocimientos dependen la mayor parte de sus determinaciones, de sus sentimientos, de sus placeres y de sus penas, de los sucesos prósperos ó adversos que componen su existencia; de suerte que el deseo de la ciencia no puede menos de aumentarse en él por los mismos esfuerzos hechos para satisfacerla, y los progresos que le alejan de la ignorancia. Pero la ciencia, es decir, el verdadero saber, la sola manera de conocer que deja al espíritu completamente satisfecho, es muy diferente de las impresiones fugitivas de los sentidos, de las nociones aisladas que debemos à la experiencia ó al sentido comun, y de las creencias que tenemos de la fe. Sus dos caracteres más esenciales son la unidad y la certidumbre: la certidumbre, porque ésta es el conocimiento mismo, puesto que no hay conocimiento mientras hay duda; la unidad, porque los objetos deben mostrarse à nuestra inteligencia tales como existen en la naturaleza. Ahora, la observacion más superficial basta para saber que nada en la naturaleza es absolutamente aislado é independiente, sino que todas las partes del universo se ligan, todos los seres y todos los fenómenos se encadenan entre sí. Para que estas dos condiciones se cumplan exactamente, no basta que se apliquen à algunos objetos, es preciso que los abracen à todos indistintamente y alcancen el más alto grado de generalidad; en otros términos, es necesario buscar la certidumbre no sólo en las cosas, sino en la inteligencia que las percibe, ó en la constitucion y las leyes del pensamiento; es menester buscar la unidad, no sólo en las relaciones exteriores, en la dependencia mútua de los seres y de los fenómenos, sino en la causa que los ha producido, en la sustancia de que son formados, en la razon de la existencia. Bajo este punto de vista, todas las ciencias, sin perder su independecia y su division natural, pueden ser consideradas como ramas de una ciencia única, de donde toman, à los ojos de una razon severa, su significacion y su valor, y que ellas ilustran à su turno por aplicaciones innumerables. El estudio de esta ciencia superior, la investigacion de esos principios sobre que reposan à la vez todos nuestros conocimientos y todas las existencias, ó la aplicacion de la razon à los problemas más generales y elevados que puede concebir, hé aquí

807

lo que se entiende por filosofía; título modesto que expresa el deseo más bien que la posesión, y cuya honra atribuye la tradición á Pitágoras.

Pero la filosofía es más antigua que su nombre: el Oriente la conoció ántes que la Grecia. Donde quiera que el espíritu humano, cansado de creer y de soñar, se ha elevado al deseo de saber, ella le ha puesto delante sus profundos problemas, arrastrándole al círculo de sus audaces especulaciones. Es al mismo tiempo el principio y el fin, el primero y el último esfuerzo de la razón; y porque vemos en ella el ideal, la perfección del conocimiento, porque mira sólo en el fondo y en la totalidad de las cosas, por eso atrae desde luego nuestras meditaciones; pues el espíritu como el corazón va derecho á lo que le tienta, sin calcular los obstáculos, sin medir la distancia; y no es sino más tarde, en la escuela de la experiencia, cuando aprende á dividir los esfuerzos según la grandeza de sus deseos y las necesidades de su debilidad. Así, hay que notar que los sistemas filosóficos han precedido en todas partes al estudio de las ciencias; pero en vano éstas se multiplican, se perfeccionan, enriquecen con sus descubrimientos la industria y las artes, someten la materia á la voluntad del hombre y producen cada día nuevos prodigios; no reemplazan la filosofía; por el contrario, mientras más aumenta su número, mientras más fecundas son sus investigaciones, el espíritu humano, espantado de ese caos, siente más también lo necesario de la unidad, y busca en sí mismo la fuente y el enlace de sus conocimientos, el tronco que soporta todas esas ramas confusas. Puede la filosofía faltar á su misión; la inexperiencia de sus medios, un exceso de audacia ó de timidez pueden sustraerle durante siglos el objeto que persigue; esto no obsta para que el espíritu humano tenga fe en ella mientras tenga fe en sí mismo, es decir, en la ciencia y en la verdad; y esa fe en la ciencia y en la verdad, es la vida de la inteligencia, es uno de los elementos de nuestra naturaleza, que sólo desaparecerá con nosotros.

Acabamos de decir á qué necesidad y á qué facultad del alma corresponde la filosofía, así como el lugar que ocupa y ha ocupado siempre entre las obras del pensamiento; pero esto no basta para determinar su objeto y circunscripción; no nos muestra los límites precisos en los cuales debe detenerse, ni puede por lo mismo hacer las veces de definición. ¿Cómo conviene, pues, definir la filosofía? y si no se está de acuerdo sobre este punto, ¿cuál es la causa, cuál es el valor y cuál es la más exacta de todas las definiciones propuestas? Tal es la primera cuestión que tenemos que resolver.

Determinado una vez el objeto de la filosofía, estamos obligados á descomponerla en sus partes, y esto nos conduce á investigar los problemas particulares que se ocultan bajo la definición general, y los vínculos que ligan todos estos problemas entre sí; en una palabra, tenemos que ocuparnos en la división y organización de la ciencia filosófica.

La naturaleza de las cuestiones que entran en el dominio de la filosofía, nos hará conocer el método que debe aplicárseles; porque, ¿cómo decidirse por la elección de un instrumento, ántes de saber el uso á que se le destina? Es igualmente verdad que las ideas más ó menos exactas que han podido formarse del método filosófico, deciden en último resultado de las cuestiones que se quiere tratar. Pero esta confrontación, indispensable por otra parte, no tiene lugar sino fuera de tiempo, es decir, después de muchos ensayos desgraciados; sin embargo, no por eso el orden lógico del pensamiento deja de consistir

en ponerle bajo todas sus faces, en dividirlo en todas sus partes, y en buscar después la manera de tratarle.

La definición, la organización y el método de la filosofía, tales son, pues, los puntos fundamentales sobre los que deberán recaer desde luego nuestras reflexiones; pero la filosofía no es un puro ideal, cuyos elementos y condiciones todas pueden determinarse *a priori* por el solo raciocinio; es un hecho que dura, que se desarrolla desde hace tres mil años por lo ménos, que ha ejercido una influencia incontestable sobre los destinos del género humano, y que, como la religión, la poesía, el arte, la sociedad, no acabará ciertamente sino con él. Así, mientras no la hayamos apreciado desde este último punto de vista, sólo podremos dar una idea incompleta quedando trunca la tarea que nos proponemos. Procuraremos, por lo mismo, después de haber considerado la filosofía en sí misma, ó cuando hayamos respondido á las tres cuestiones principales que acabamos de indicar, el mostrar sumariamente lo que ha sido, lo que ha hecho hasta ahora, y el trabajo que todavía le queda por ejecutar.

«La filosofía, dice un autor moderno, (*) es una ciencia cuya idea no se ha fijado todavía; porque si lo fuera, no habría tantas filosofías como filósofos: no habría más que una. No se ve que haya varias físicas, varias astronomías; y no hay más que una física y una astronomía, porque la idea de estas ciencias es determinada.» Hé aquí seguramente una de las aseveraciones más falsas que se hayan pronunciado alguna vez, y debemos poner tanto mayor cuidado en destruirla, cuanto que viene no de un enemigo, sino de un amigo y de un elocuente intérprete de la filosofía. Nó, la filosofía no es una ciencia cuyo objeto no esté fijo, ó que se busque todavía, como dice el autor citado; pues desde que existe ha tenido siempre el mismo objeto; se ha interesado siempre en la misma idea, á pesar de las diversas fórmulas de que se ha valido para traducirla, y que sin razón se han tomado por definiciones contradictorias. Nó, no hay varias filosofías, sino varios sistemas de filosofía, que aspiran todos al mismo objeto, son provocados por la misma necesidad intelectual, se agrupan en derredor de los mismos problemas, y pertenecen á la historia de una misma ciencia. Tal es el doble hecho que desde luego vamos á procurar poner fuera de duda.

La primera definición de la filosofía es la que está contenida en su nombre, y que quiere que sea la indagación de la sabiduría. Ahora bien, ¿qué es la sabiduría según los antiguos? ¿En qué hacían consistir ese bien, por el cual se atrevían solamente á confesar su amor, que se proponían como el término de todos sus esfuerzos, pero que no estaban nunca seguros de adquirir? La sabiduría, según la opinión unánime de los antiguos, es el más alto grado de la ciencia, ó simplemente la ciencia, el conocimiento perfecto, el conocimiento entero de la verdad, que engendra naturalmente la virtud, ó se manifiesta por la práctica del bien. Esta idea está muy bien expresada por Ciceron

(*) Jouffroy, Prefacio á la traducción de las Obras de Reid.

de quo agit
E.V.F.

omnes defini-
tiones sunt
verae
E.V.F.

cuando dice: (*) "La sabiduría, según la definición de los antiguos filósofos, es la ciencia de las cosas divinas y humanas, y de los principios que contienen esas cosas."

Pero ¿qué! ¿el espíritu limitado del hombre se atrevería á aspirar á tal objeto? ¿Podría alguien, aquí abajo, intentar poseer la ciencia universal? No, seguramente, si se entiende por estas últimas palabras un conocimiento particular y directo, una intuición inmediata de todos los objetos de la naturaleza, tal como nos vemos obligados á suponerla en la inteligencia divina. Pero, como dijimos al comenzar, el saber para nosotros consiste en descubrir la fuente de la razón de las cosas, en ver los efectos en sus causas y las consecuencias en sus principios. "No hay ciencia de lo particular," ha dicho Aristóteles con mucha verdad. Luego, esa ciencia que abraza y domina todas las otras, la filosofía en una palabra, puede designarse muy bien como la ciencia de las causas y de los principios. Así es, en efecto, como se la define algunas veces, y esta segunda definición, lejos de contradecir la precedente, no es más que su desarrollo y aplicación.

Una vez en busca de las causas y de los principios, es decir, de la razón última, del fundamento supremo de lo que es ó de lo que creemos que es, el espíritu humano no puede detenerse sino ante una idea que no se deje resolver en ninguna otra, y de la cual, por el contrario, se deriven todas las otras, de donde saquen toda su fuerza, su autoridad, y en cierta manera, su sustancia. Esta idea es la de lo absoluto, de lo infinito, de la verdad en sí, del ser necesario. Por consiguiente, la filosofía puede también definirse la ciencia de lo absoluto, de lo infinito, de lo que no cambia, de lo que es necesario y universal, ó solamente de lo que es, del ser en tanto que es. Estos son poco más ó menos los términos de que se sirven ordinariamente los dos más grandes filósofos de la antigüedad, es decir, Aristóteles y Platon. Y, no hay que sorprenderse de una definición tan ambiciosa en apariencia y tan desproporcionada á nuestras facultades. Nosotros no podemos saber ni afirmar nada que no suponga el infinito y que no se refiera á él, que no tenga relación con él por un lado ó por otro. Luego la ciencia del infinito debe ser considerada á su vez como la condición y objeto de todas las otras ciencias. Por otra parte, no se trata de penetrar con nuestra débil inteligencia en el abismo del infinito y visitar sus profundidades, disipar todas sus tinieblas, sino de mostrar el lugar que esta idea ocupa en todos nuestros pensamientos, el valor que da á todos nuestros conocimientos, y esclarecerla tanto por los fenómenos interiores del alma, como por las condiciones y las fuerzas exteriores de la naturaleza.

En suma, lo que hace el objeto de la filosofía, es la verdad en su expresión más completa, más elevada, más pura, ó en su último grado de unidad y de certidumbre. Tal es el sentido idéntico, aunque más ó menos desarrollado, de las definiciones que hasta ahora hemos citado. Pero la verdad, en general, no puede manifestárenos sino por el pensamiento; porque lo que no concebimos, lo que de ninguna manera cae bajo nuestras facultades intelectuales, no existe para nosotros. Luego, si se conocen las condiciones y los principios del pensamiento, se conoce por ese mero hecho la expresión más elevada de la verdad. Querer negar esta proposición, es negar que haya una verdad accesible para el

(*) de *Officiis*, lib. II, c. 2.

hombre, y aun para todo ser inteligente, puesto que el pensamiento es siempre la regla de lo que es; es encerrarse en un escepticismo incurable é inconsecuente. Ahora, el pensamiento no existe de una manera abstracta; el pensamiento no es más que nosotros mismos, considerados como seres pensantes é inteligentes, es decir, como espíritus; y el espíritu, á su vez, no puede desprenderse de la voluntad, de la sensibilidad, de todo lo que cae bajo la conciencia, del alma toda entera. De aquí viene que la filosofía ha sido también llamada la ciencia del espíritu, la ciencia del alma, el conocimiento de sí mismo, el estudio del hombre intelectual y moral. Mas no debe olvidarse que al tomar su punto de apoyo en la conciencia ó en la observación del pensamiento, la filosofía aspira al conocimiento verdadero, á la razón última de las cosas, y que permanece, conforme á la opinión unánime de los antiguos y todas las grandes inteligencias de los tiempos modernos, como la ciencia de las causas y de los principios, la ciencia del infinito ó del absoluto, la indagación de la suprema verdad. Quien quisiera detenerse en ese primer paso, ó que redujese la filosofía á las proporciones de la psicología, no sólo sería culpable de mutilarla sin provecho para las otras ciencias, quitándole precisamente los solos problemas por los cuales interesa á toda la humanidad, sino que la condenaría á la esterilidad y á la impotencia en el círculo mismo en que procurara encerrarla. En efecto, no hay psicología sin metafísica: porque ¿cómo analizar el pensamiento sin pensar un instante en el ser que piensa; sin hacerse ninguna pregunta sobre la naturaleza, la duración, el origen de este ser, y el lugar que ocupa en medio del universo; sin procurar darse cuenta del valor del pensamiento y del modo con que puede alcanzar la existencia? De la misma manera dirémos: no hay metafísica que no tenga por objeto descubrir el fondo de las cosas y ofrecer una base común, un lazo y un principio inquebrantable á todos los conocimientos humanos. La metafísica es á la filosofía lo que la filosofía es á las otras ciencias, es decir, el objeto y el centro de todas sus investigaciones, el tronco que soporta y hace vivir todas sus ramas.

Así pues, todas las definiciones de la filosofía (porque sería difícil citar otras que no entrasen en las que acabamos de explicar), todas las definiciones de la filosofía expresan la misma idea, pero con palabras diferentes y con palabras más ó menos pensadas. Parece que al ofrecer por objeto á nuestras investigaciones la verdad en su estado más perfecto, en su carácter más absoluto, nos la acercan por grados, y acaban por mostrarla como envuelta en los repliegues de nuestra alma, como sepultada en el fondo de nuestra conciencia. Este objeto es el que ambicionan todos los sistemas; esta idea es la que se han esforzado por alcanzar y realizar todas las escuelas filosóficas que han dejado huella en la historia. Que se cite, en efecto, un sistema ó una escuela de cierta importancia que no aspire á descubrir el fondo más oculto de la naturaleza de las cosas, el último fundamento del conocimiento, ó de la existencia, ó de ambos á la vez. Desde luego se presentan los vastos sistemas del Oriente, que refiriendo todo á Dios, y haciendo derivar todo de su eterna, inefable sustancia, no reconocen otra existencia ni otra ciencia que las del infinito, pero que, en lugar de elevarse por la contemplación del universo y del alma humana, á ese objeto único de sus especulaciones, se colocan directamente en su seno, se establecen en cierta manera en sus profundidades, en donde nos hacen asistir

REVISTA FILOSÓFICA.

DIRECTOR Y EDITOR

JOSÉ MARÍA VIGIL.

TOMO I.

1^o de febrero de 1882.
E. U. F.

MÉXICO.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE JRENEO PAZ.

Calle de las Escalerillas, núm. 7.

1882.

REVISTA FILOSÓFICA